



Usted, que ha estado en contacto directo con la investigación en educación en otros países, ¿cómo diagnostica nuestro nivel en ese campo?

En formación doctoral en investigación en la educación, las tesis e investigaciones en general, y en educación en ciencias, particularmente, si no son mejores, están al mismo nivel que en los países más adelantados. Igual sucede con los temas que se investigan: básicamente, son los mismos; y tratan de producir conocimiento en diferentes campos de la Educación y resolver los problemas que se presentan en la escuela, el escenario donde se cimienta el establecimiento de las relaciones del hombre con el conocimiento científico.

En la escuela, ¿qué relación existe entre la investigación y la práctica pedagógica?

Entre los campos de investigación que se adelantan en educación en ciencias encontramos el de los estilos de enseñanza y los estilos de aprendizaje, y las incoherencias que entre ellos puedan presentarse y que generan dificultades de aprendizaje de conceptos. La investigación acerca de los modos de enseñanza ha caracterizado cuatro estilos fundamentales: el tradicional, el tecnológico, el de naturaleza espontánea y el estilo de enseñanza por investigación.

Cada uno de ellos tiene características propias, y si hiciéramos una investigación en Colombia sobre los perfiles de estos estilos, seguramente encontraríamos una mezcla de éstos y, eventualmente, un proceso de transición en las escuelas, donde hay profesores que hacen esfuerzos por transformar su docencia desde un estilo tradicional hacia un estilo por investigación.

Desde este último trataré de dar respuesta a la pregunta, en el sentido de cómo apoyar desde la investigación la transformación y el mejoramiento de la calidad de la educación en el aula: diría que una alternativa es estimular, apoyar y crear condiciones para que el estilo de enseñanza en el aula sea más de investigación que cualquiera de los otros. Es necesario incentivar al maestro creando condiciones, oportunidades y posibilidades para que adelante investigación sistemática en el aula.

¿Ello requiere algún tipo de infraestructura adicional a la existente?

Creo que sí. En primer lugar, es necesaria una transformación inicial por parte los docentes en sí mismos y de los contextos internos en los cuales desarrollan su acción. Habría que priorizar espacios para que el aula de clase sea también un escenario de aprendizaje para ellos, en el sentido de que el docente disponga de literatura consultiva, para que los resultados de la investigación estén a su disposición con cierta regularidad y co-

El aula de clase:

“Laboratorio de investigación por excelencia”

El profesor Fidel Antonio Cárdenas es un trotamundos de la investigación en educación. Graduado en licenciatura en química por la UPN, su ruta académica lo ha llevado a Brasil, Escocia y Australia, países donde realizó su maestría, doctorado, algunas pasantías académicas y fue profesor invitado. Actualmente dirige el Doctorado Interinstitucional en Educación, experiencia que agrupa a las universidades Pedagógica Nacional, del Valle y Distrital de Bogotá.



tidianidad, y disponer de una o dos horas semanales para que los docentes discutan los elementos que se encuentran en la investigación, los asimilen e incorporen a su quehacer; también se requiere estimular al maestro en el desarrollo de investigación.

¿Qué relación considera que existe entre los asuntos que indagan los investigadores en educación y los asuntos que efectivamente atienden los colegios?

Creo que, si se me permite la comparación, —entre hacer investigación en educación y hacer investigación en ciencias naturales, química o física—, en primer caso, el laboratorio por excelencia es el aula de clase, mientras que en el segundo se requiere un laboratorio la mayoría de las veces.

Por otra parte, y esto es válido para todos los campos laborales, cada vez es menor la posibilidad de que los profesionales abandonen sus lugares de trabajo para dedicarse a una investigación u otra forma de estudios avanzados. La tendencia es hacer del lugar de trabajo un espacio para la investigación, para la producción de conocimiento y para la actualización permanente, que tanto se requiere en las sociedades del conocimiento; eso sí, con la guía de alguna institución o agente externo.

Si llevamos ese planteamiento a la educación, podríamos hacer preguntas como esta: ¿Por qué si en investigación se produce tanto

A pesar de que hacemos investigación con datos acopiados en el aula, pocas veces es posible llegar a ésta con los resultados y trabajar con los docentes, orientarlos y organizar con ellos una actividad permanente.

conocimiento, al parecer, en el aula se continúa haciendo lo mismo y no se reflejan allí los resultados de esa investigación?

Pienso que hemos olvidado al maestro, lo hemos aislado en el salón de clase; y a pesar de que hacemos investigación con datos acopiados en el aula, pocas veces es posible llegar a ésta con los resultados y trabajar con los docentes, orientarlos y organizar con

“No hay suficiente contacto entre investigación y escuela”

Carlos Augusto Hernández es bogotano, graduado en física por la Universidad Nacional, donde además siguió una maestría en filosofía. Interesado en la comprensión de la vida social y en la historia de la ciencia, trabajó sobre dichos temas con el destacado profesor José Granés. Hernández, quien fue vicerrector académico de la UN, y es cofundador e integrante del Grupo Federici, trabaja como docente en la Nacional y se dedica a la investigación en educación.



¿Cuál es, en su concepto, el panorama actual de la investigación en educación en Colombia?

Pienso que hay un desarrollo bastante desigual en la investigación, al mismo tiempo que un interés muy grande en ésta. Colciencias y el IDEP reciben un número muy grande de propuestas. Algunas investigaciones son empíricas e intuitivas, con poco bagaje teórico; mientras que otras, por la formación de los investigadores y la actualidad de las temáticas, están a la altura del trabajo de otros países donde hay comunidades académicas con gran trayectoria en el campo. Las maestrías en educación y los doctorados han estimulado la investigación. Contamos con figuras paradigmáticas como Mario Díaz o como Olga Lucía Zuluaga; incluso han aparecido brillantes maestros investigadores, como Gloria Rincón. Pero nombrar tres personas no es nombrar el conjunto de los investigadores que, contra viento y marea, se han dedicado durante muchos años a estudiar los problemas de la educación en Colombia.

Habría que buscar un vínculo entre las investigaciones de extracción universitaria, los procesos de formación de investigadores y las investigaciones que se están haciendo en el aula. Mario Díaz distingue dos campos: el pedagógico y el intelectual. Por un lado, están los maestros, que detectan los problemas, buscan soluciones y rescatan un saber muy importante —que no se recupera porque

no se difunde—; y por otro lado, están los intelectuales, que viven en el ambiente universitario, que se hacen mayores exigencias académicas y que tienen un soporte conceptual y teórico más grande, pero que viven y piensan la educación sin el contacto suficiente con la tarea del educador.

¿Existe relación entre la investigación como tal y la práctica pedagógica?

Por un lado, hay una dinámica inevitable en la escuela, dadas las transformaciones de la cultura, los desarrollos del conocimiento y las nuevas exigencias en el mundo del trabajo. Hay instrumentos nuevos que permiten hacer cosas distintas en el aula, movimientos conceptuales, como el constructivismo, que transforman el quehacer de los docentes y cambios significativos de los saberes que exigen modificaciones en la organización curricular de la escuela. Por otra parte, la escuela tiene la tarea de enseñar lo que Ángel Pérez llama *cultura pública*, lo que es reconocido como valioso, lo que debe ser compartido por la sociedad y que todos debemos adquirir para trabajar y vivir en comunidad: la lectura y la escritura; la comprensión compartida del contexto social, normativo y ético en el cual vivimos; la historia; las ideas acerca de lo que es verdadero, es decir, las explicaciones aceptadas por las comunidades académicas, el saber disciplinario; una manera de razonar, de argumentar, de encadenar los elementos. Esta cultura se enfrenta a otra, cada vez más po-

tente, difundida por los medios de comunicación, que Pérez llama *cultura social*, que puede incluir elementos valiosos, pero que, en vez de orientarse a la formación de ciudadanos, contribuye principalmente a la formación de consumidores. Este es un problema que debe ser pensado, y que hace parte de la necesaria reflexión sobre la manera como se relaciona la escuela con el entorno.

¿De qué manera podría la investigación orientar el proceso educativo para resolver la contradicción entre la cultura social y la cultura pública?

Son tales los retos que en este momento enfrenta la escuela, en las condiciones económicas y culturales del país, que no va a ser posible hacerles frente si no es con la ayuda de la investigación. Estamos educando personas para un mundo distinto del mundo en que estamos viviendo. No podemos, por ejemplo, resolver el problema de la relación entre las nuevas tecnologías y los libros, entre las imágenes y los textos, si los maestros no están dispuestos a acercarse con apertura y espíritu crítico a las tecnologías, si los maestros no son suficientemente sensibles a la posibilidad de trabajar a partir de las imágenes.

La escuela es un lugar de reunión y de vivencias, donde se piensa la propia experiencia, y, por tanto, tiene que pensar en la experiencia de los jóvenes. Cuando usted dice PEI, dice programa de reflexión, de estudio sobre el contexto, de investigación sobre los interlocutores. No hay PEI legítimo sin estos elementos. Si la escuela es la institución encargada de la apropiación de la cultura pública por parte de los niños y los jóvenes, de la formación de la nueva sociedad, si debe ser un proyecto cultural importante para las comunidades y un espacio de reflexión; ¿cómo puede existir escuela sin investigación, sin estudio? Para cumplir esas tareas, la escuela tiene que repensarse, tiene que reflexionar sobre su papel y sobre cómo puede cumplirlo, tiene que discutir los cambios que requiere, involucrando efectivamente a los maestros y a las comunidades interesadas en el destino de niños y jóvenes, y eso la obliga a investigar.

¿Qué relación siente que se da hoy entre los asuntos que indagan los investigadores y los asuntos que efectivamente atienden los colegios?

No hay suficiente contacto entre investigación y escuela. El investigador —y aquí es necesaria la autocrítica— se relaciona más con una tradición de investigación importante que con un presente de la problemática de la escuela. La tradición de la investigación debe complementarse con un vínculo

Laboratorio... Viene de la página 12.

ellos una actividad permanente, de manera que los resultados se reviertan y tengan un impacto inmediato en las aulas. Creo que se requiere insertar más la investigación –tanto externa, con investigadores que no pertenecen a la escuela, como la interna, hecha por los docentes–, a los ambientes escolares, y al aula en concreto.

Asegura la SED que casi todos los docentes en ejercicio son licenciados y la mayoría ha realizado postgrados: ¿qué efecto cree que tiene esa formación en la calidad de la educación?

El maestro es elemento fundamental en la educación, la calidad de ésta; es preciso confiar en la formación académica y en las competencias de los docentes para el mejoramiento de la educación. Dentro de las limitaciones existentes en el país, vemos que a través del tiempo la cualificación del cuerpo docente ha mejorado bastante.

Ahora, si eso se refleja o no en la calidad de la educación es una situación compleja, en razón de que es muy difícil tener aproximaciones investigativas que den cobertura

global y general para medir la calidad de la educación. Se hacen aproximaciones con miras a determinar esa calidad, posiblemente unas mejores que otras, pero son aproximaciones que presentan sus propias limitaciones. Es imperativo tener en la cuenta que la calidad está influenciada por otros factores que en algunos casos trascienden la mera actividad del docente.

Pocos maestros del Distrito acceden a este Doctorado; en el curso de este semestre hay sólo tres...

En primer lugar, no debería mencionarse el Doctorado en Educación de la UPN, sino el doctorado interinstitucional en educación, ya que este programa representa el esfuerzo

de tres instituciones: la universidad del Valle, la Universidad Distrital de Bogotá y la Universidad Pedagógica Nacional.

En segundo lugar, en cuanto a la participación de maestros del Distrito, no diría que hay pocos o muchos, el doctorado está abierto a los interesados en formarse como investigadores y en hacer investigación en educación. El Doctorado tiene sus propios procesos de selección y admisión; seguramente muchos de los docentes –no solamente del Distrito– los cumplen. Sin embargo, se perciben muchas variables en las entrevistas y en las solicitudes de información sobre el programa, a veces externas a las capacidades de los interesados.

La SED ha abierto algunos espacios, es cierto, pero todavía se requiere más esfuerzo. La invitación es a la construcción colectiva de espacios y formas de apoyo, sobre todo económico, que faciliten a los docentes, sin abandonar totalmente sus laboratorios, que son las aulas, hacerse investigadores. ●



No hay suficiente... Viene de la página 13.

más estrecho con la cotidianidad de la escuela; es en el encuentro de esas dos temporalidades donde puede darse mayor enriquecimiento.

Lo fundamental es que los profesores reflexionen colectivamente sobre lo que hacen. Hay que crear espacios de debate permanente acerca de la educación. Las preguntas que Eloísa Vasco propone a los maestros son muy interesantes: ¿qué enseño?, ¿cómo conozco de lo que hablo?, ¿para qué enseño?, es decir, ¿quién soy?, ¿cuál es la tarea del educador?, ¿qué es la educación?, ¿a quién enseño?, ¿quiénes son mis interlocutores?, ¿qué quieren?, ¿qué requieren?, ¿cómo enseño?, ¿cómo realizo mi tarea, considerando todo lo anterior? Debería darse un tiempo y un espacio para que los docentes respondieran a la exigencia de estas reflexiones.

Si no se logra construir un espacio de autorreflexión permanente de los maestros en donde se piense sistemáticamente la transformación de la enseñanza, no vamos a lograr algo esencial que es el conocimiento claro de lo que se está haciendo; pero, sobre todo, no podremos asegurar el compromiso mayor con la investigación y la enseñan-

za que resulta del encuentro de los docentes con la dignidad enorme de su tarea. Para mí, el problema clave es la manera como los docentes se encuentran con su tarea, y creo que esto depende del modo como vivan la pasión de la pregunta, la dinámica de la indagación; de las ocasiones que tengan para pensar más, de manera colectiva, en lo que hacen; de las acciones previamente reflexionadas que adelanten para solucionar los problemas que están enfrentando.

El cambio de actitud se da, como hemos visto, en un número creciente de maestros,



gracias a la conciencia de que se está ante la tarea más grande que hay en la sociedad, que es responsabilizarse de las nuevas generaciones, conciencia que se extiende en la medida en que más maestros descubran que una vida se justifica por el aprendizaje permanente y el servicio a quienes lo necesitan, lo que vale por sí mismo los mayores esfuerzos y sacrificios.

Los grandes hombres han tenido grandes maestros, y un gran maestro es alguien que se enamora de lo que hace, y reflexiona sobre ello. Creo que el problema más importante de la investigación en educación es que los docentes tengan herramientas para pensar sus propias prácticas. Lo mejor que se podría hacer es multiplicar los espacios en que los maestros realicen una autorreflexión colectiva y establecer vínculos para que esas reflexiones sean más conocidas y se articulen en problemáticas transversales, como buscó hace tiempo el Movimiento Pedagógico: los maestros defendiendo su identidad y comprendiendo que la dignidad de la tarea que tienen es tan grande que exige un trabajo permanente. ●